



NUEVA SOCIEDAD NRO.34, ENERO-FEBRERO 1978, PP. 28-39

Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Batlle Berres-Herrera. Tres rostros del populismo

Trias, Vivián

Vivián Trias: Profesor Uruguayo de Historia Nacional y Americana; Ex-parlamentario.

El vocablo populismo ha sido usado para nominar fenómenos socio-políticos disímiles y, aún, muy distantes en el espacio y en el tiempo.

Desde el movimiento de "farmers" norteamericanos de fines del siglo XIX, hasta el "narodnichestvo" ruso posterior a 1860; desde los granjeros canadienses de Alberta, a las erupciones populares del Tercer Mundo en la postguerra.

No es de extrañar, pues, que el concepto esté rodeado de una "penumbra de significados", como escribe Peter Worsley¹.

Para Peter Wiles más que una doctrina, es un síndrome político². En cambio Angus Stewart piensa que la identidad de los populismos reside en "una unidad de situaciones"³. Kenneth Minogue le niega originalidad ideológica; "entre las ideologías - afirma - constituye un plagio"⁴. Hay quien lo califica de "ideología del resentimiento". En medio de este "embarras de richesse" tal vez lo más cuerdo sea lo apuntado por Ghita Lonescu y Ernst Gellner: "En la actualidad no puede haber duda alguna respecto de la importancia del populismo, pero en cambio nadie sabe exactamente qué es"⁵.

Los procesos políticos acaecidos en Brasil, Argentina y Uruguay en la inmediata post-guerra y acaudillados por Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Luis Batlle Berres-Luis Alberto de Herrera respectivamente, se designan como populismos. El término es ya de amplio recibo y todo el mundo sabe a qué se está refiriendo

¹Peter Worsley. "El concepto de populismo" en "Populismo"; recopilado por Lonescu y Gellner. Ed. Amorrortu. 1974. Buenos Aires.

²Peter Wiles. "Un síndrome, no una doctrina; algunas tesis elementales sobre populismo" en Ob. cit. en 1.

³Angus Stewart. "Las raíces sociales" en, Ob. cit. en 1.

⁴Kenneth Minogue. "El populismo como movimiento político" en Ob. Cit. en 1.

⁵Ob. cit. en 1.

cuando se habla de "populismos" en estos países. Sustituirlo contribuiría más a confundir que a esclarecer. Tratemos, pues, de estudiarlos atendiendo más a su importancia que al rótulo que los cubra.

LA COYUNTURA INTERNACIONAL PROPICIA

Muchos de los rasgos comunes de los tres fenómenos, derivan de la coyuntura internacional en que se gestaron.

Es la larga y aguda crisis que vive el capitalismo mundial desde la Gran Depresión de 1929 y que se prolonga en la Segunda Guerra Mundial hasta algunos años posteriores. Un primer y esencial efecto es el debilitamiento de los vínculos de dependencia entre las potencias y su periferia; y la consiguiente mayor autonomía, más amplia y flexible libertad de acción de que disfrutaban aquellas fuerzas socio-políticas que cuestionan el "statu quo". La crisis de los 30 desbarata las economías centrales y conmueve hondamente su estabilidad social y política.

El hecho mismo de que el conflicto enfrente a los imperios entre sí, demuestra que sus mutuas contradicciones son más profundas y filosas que las que los oponen a sus colonias y semi-colonias. Atrapados por una lucha de vida o muerte - en la depresión y en la guerra - han de aflojar los controles sobre la periferia y su ansiosa búsqueda de apoyos, aliados y ventajas se traduce en forzadas renegociaciones del pacto colonial. Las sociedades marginales están en condiciones de "hacerse valer".

Esa laxitud de la dependencia aflora en cambios económicos concretos.

Los centros han sido proveedores tradicionales y puntuales de manufacturas de consumo para las economías periféricas y compradores de sus productos primarios. Es la etapa de "crecimiento hacia afuera" que se consolida en el último tercio del siglo XIX y se extiende hasta 1930. La crisis abate a niveles irrisorios los precios de las materias primas y la capacidad de importar de los países productores se derrumba. Quieran que no, han de asumir políticas proteccionistas, de control de cambios, de restricción o prohibición de bienes importados para impedir una catástrofe financiera. Las inversiones extranjeras se contraen, los empréstitos internacionales no pueden pagarse. Si bien el impacto genera algunas dificultades en la producción al principio, muy pronto el serio desabastecimiento del mercado genera posibilidades de diversificación agrícola y, sobre todo, de una industrialización substitutiva de importaciones destinada al abastecimiento. Durante la guerra esas posibilidades mejoran. El desabastecimiento continúa

(absorción de la producción industrial de los centros por el esfuerzo bélico) y se combina con una rápida expansión de las exportaciones y el alza de los precios de las materias básicas requeridas por los contendientes. El coeficiente de importación de Argentina que en 1929 es de 17,8, cae a 5,9 en 1957. En Brasil baja de 11,3 a 6,1⁶. En cambio la producción industrial crece, de 1929 a 1957, más de un 150% en Argentina y más del 250% en el Brasil⁷. Entre 1936 y 1948 se duplica en el Uruguay⁸.

El pánico de los 30 ha inducido a cancelar la marea inmigratoria que colmó estas naciones desde la segunda mitad del siglo XIX. Pero la bancarrota agraria expulsa del campo grandes contingentes humanos que migran a las ciudades y cubrirán las necesidades de mano de obra del impulso industrial. Es lo que el profesor Morse llama "la colonización al revés"⁹. Se produce, por ende, un caótico e incontenible crecimiento de las urbes; una verdadera explosión urbana. El índice de urbanización supera al índice de industrialización; es decir, aumenta más la población de las ciudades que el número de empleos generados por la industria en ascenso. Es una "explosión urbana con industrialización insuficiente". Causa de rasgos esenciales del populismo. La población suburbana se multiplica y surgen como hongos después de la lluvia las "favelas", las "villas miserias" y "cantegriles"; barriadas misérrimas, construidas con cartones, latas y desechos. Son los bordes sombríos del gran cinturón obrero que ha circundado a Sao Paulo, Buenos Aires, Montevideo o se entremezclan en su propio seno. Es una población desocupada o semi-empleada que vive de callejear, de trabajos ocasionales (empleo disfrazado), que abarrotan los servicios deformando patológicamente su gravitación económico-social, o llena los puestos más descalificados de frigoríficos, construcción y otras industrias con muchas oportunidades para trabajadores sin capacidad técnica alguna.

¿Es un nuevo proletariado? ¿O, mejor, un nuevo cuasi-proletariado? De lo que no hay dudas, es de que se trata de clase obrera en sí y no para sí. Conserva su mentalidad campesina, su criollismo nativo, su apego a las pautas paternalistas del caudillaje rural. Pero también la singulariza un anhelo porfiado por escapar a la miseria irremediable de la campaña que ha abandonado.

⁶Celso Furtado. "La economía latinoamericana desde la colonia hasta la revolución cubana". Ed. Universitaria. 1969. Santiago.

⁷Ob. cit. en 6.

⁸Pedro C.M. Trichert. "Revolución económica e industrialización en América Latina". Ed. Fondo de Cultura Económica. 1961. México.

⁹Cit. en Ob. cit. en 1.

Es una "masa popular disponible", escribe Celia Durruty ¹⁰, que será fácilmente manipulable por una "élite movilizadora" de origen burocrático o burgués y, que a la vez, la pondrá en el rumbo de su propia movilización y autonomía política. Es lo que explica el intenso caudillismo carismático del populismo, la organización de poderosos sindicatos bajo la tutela del Estado (Argentina y Brasil), o cuyos dirigentes izquierdistas no consiguen el apoyo político de sus dirigidos fervorosamente leales a los líderes populistas (como en Uruguay).

La irrupción masiva de esta clase obrera en la vida política nacional posee efectos disruptivos en las clases medias. Por lo pronto, las divide tajantemente. Grupos muy numerosos reclutados, en general, en la burocracia civil y militar, en el modesto patronato y en la pequeña explotación rural se pliegan al populismo. Otros, tan numerosos, se atemorizan ante la inundación populachera (los "cabecitas negros" porteños, la "indiada" o "negrada" montevideana); repudian su vocinglera pasión política y consumidora y derivan hacia lo que Peter Worsley llama "radicalismo derechista de clase media"¹¹ Profesionales, profesores, estudiantes (la virulencia anti-peronista de FUBA es un ingrediente típico de la época), proletarios "de cuello duro", los "medio pelo" como los ha bautizado Arturo Jauretche ¹², convergen en la insidiosa oposición, engruesan las corrientes anti-líder (Rodolfo Puiggrós) ¹³.

No se detienen ahí las hondas dislocaciones sociales.

La industrialización substitutiva de importaciones abre un período en que la burguesía nacional gozará de una libertad y de una vigencia, como nunca dispuso antes, ni dispondrá después. Caduca la influencia británica y asoma la penetración norteamericana, pero entre el reflujó de la primera y el flujo de la segunda hay un interregno, un "vacío de poder" imperial. No se ha reparado que en la primera mitad de los 40 los americanos fallan en su tentativa de instalar bases militares en Uruguay merced a la férrea oposición herrerista; Braden se estrella contra el incontenible ascenso del peronismo, el Embajador Adolfo Berle logra un éxito temporario en la intriga que depona a Vargas en 1945; puesto que en 1950 retorna en una ebullente marejada popular. Washington está demasiado enmarañado en el conflicto mundial; la correlación de fuerzas no le favorece por estas latitudes. Tales frustraciones son, justamente, una prueba del desmayo de la dependencia. La burguesía nacional no ha encontrado todavía el polo magnético de las

¹⁰Celia Durruty. "Clase obrera y peronismo". Ed. Pasado y Presente. 1969. Córdoba.

¹¹Ob. cit. en 1.

¹²Arturo Jauretche. "El medio pelo en la sociedad argentina". Ed. Peña Lillo. 1973. Buenos Aires.

¹³Rodolfo Puiggrós. "El peronismo". Ed. Jorge Alvarez. 1969. Buenos Aires.

corporaciones de Wall Street, está lejos lo que Henrique Cardoso y Faletto designan "industrialización periférica"¹⁴ y, por ende, no ha llegado la hora de que aquella se "internacionalice". No nos engañemos. Sus sectores más poderosos militan en el bloque conservador con terratenientes y banqueros (como lo demuestra el anti-peronismo desde el pique, de la Unión Industrial), pero los estamentos nuevos, "parvenus", voraces y no muy escrupulosos, aún no atemorizados por la eclosión obrera, se incorporan con entusiasmo de recientes conversos a las filas populistas.

Con la crisis del 30 se cierra la etapa del "crecimiento hacia afuera", lo que significa la erosión de toda una estructura del subdesarrollo que gira en torno al eje agroexportador y de una versión de la dependencia que sólo asigna a estas regiones el rol de abastecedores de materias primas baratas.

El proceso es transparente en Brasil.

En los años 20 ya es visible la crisis irreversible de la economía cafetalera. La causa primordial radica en la saturación del mercado internacional, especialmente del norteamericano; la demanda de café se ha vuelto rígida, inelástica. En el convenio de Taubaté de 1906 se aprueba la política de defensa de los precios del café, lo que se nomina su "valorización"¹⁵; sustento material del poder inalterable de la liga oligarca entre mineiros y paulistas.

El esquema es simple; el gobierno obtiene créditos internacionales (esencialmente de la banca Rothschild) para comprar los excedentes de la cosecha y almacenarlos, de modo que los precios no bajen pese al estancamiento de la demanda.

La producción, por lo tanto, no deja de expandirse y en plena debacle del 30 arriba a su cifra récord. Los precios se desploman (de 22,5 centavos de dólar la libra a 8 centavos) y se cierran los grifos de la banca internacional.

El gobierno Vargas apenas instalado en el poder debe hacer frente al insuceso. Mediante la expansión del crédito interno se siguen comprando los excedentes invendibles y se destruyen. Brasil echa al mar un tercio de su producción cafetalera. A la vez, la moneda se deprecia un 40% con dos efectos trascendentes: a) Los beneficios de los productores de café descienden relativamente poco (reciben más moneda nacional por dólar), de modo que el ingreso se mantiene a niveles

¹⁴Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto. "Dependencia y desarrollo en América Latina". Ed. Siglo XXI. 1972. Buenos Aires.

¹⁵Celso Furtado. "Formación económica del Brasil". Ed. Fondo de Cultura Económica. 1962. México.

auspiciosos y permite una rápida recuperación del mercado interno; y b) Las importaciones se encarecen y se restringen. Con ingresos relativamente aceptables e importaciones caras y constreñidas, la producción industrial y agrícola destinada al mercado interno es estimulada y crece velozmente. Es el arranque de la "industrialización substitutiva de importaciones" y el esquema del "crecimiento hacia afuera" empieza a dejar lugar al esquema del "crecimiento hacia adentro". Cuando la guerra apareja un alza de las cotizaciones del café y un ascenso de las exportaciones, el gobierno mantiene el tipo de cambio. El ingreso proveniente de las exportaciones acaecidas, aumenta verticalmente y las maquinarias y equipos importados no encarecen, de manera que los industriales son los que se favorecen con la mejora de los términos del intercambio. Ensayan, pues, un salto de siete leguas. La producción cafetalera entra en un mecanismo de reproducción simple, las ganancias no pueden invertirse en su propia expansión; pero la industria, en plena reproducción ampliada, las absorbe en buena medida. El nivel de vida de las masas asciende y, por ende, el consumo interno. La debilidad de la dependencia es inocultable. La mejora de los términos del intercambio provocada por la guerra interimperialista es encauzada por el régimen getulista hacia la industria nacional. Según Celso Furtado¹⁶ esta inteligente política no fue plenamente consciente. Es, como veremos, una conclusión discutible.

EL ASCENSO AL PODER

El ciclo populista es, sin duda, una ruptura con el pasado. Desde ese ángulo no es exagerado hablar de la "revolución populista". Pero como todo proceso profundo de cambios socio-políticos, es también un renacimiento de tradiciones nacionales que calan muy hondo. Vargas es el heredero inmediato de las tendencias democráticas y nacionalistas del Ejército que configuran el "tenientismo". Conmueven al Brasil de 1922 a 1926, en que culminan con la Gran Marcha encabezada por el capitán Luis Prestes; una verdadera hazaña histórica.

La oficialidad joven ha sido galvanizada por su indignación ante el espectáculo corrupto de la "República Vieja", su farsa política y las injusticias sociales. Tales corrientes confluyen con las dramáticas tradiciones revolucionarias de Río Grande do Sul - en el pueblo misionero de Sao Borja, en ese Estado, ha nacido Getulio -, con las rebeldías separatistas seculares del pueblo "gaucho". Perón por su parte, recoge el legado de los caudillos federales de la primera hora, el repulsivo nacional de Juan Manuel de Rosas y el heterogéneo y rico radicalismo irigoyenista que expresa la insurgencia de las clases medias de origen migratorio entre fines del

¹⁶Ob. cit. en 15.

siglo XIX y los 20. En el Uruguay la continuidad histórica es tangible. El populismo discurre en el seno de ambos partidos tradicionales. El Batlleberrismo es, en rigor, un neobatlismo, un reacondicionamiento del batllismo primigenio. Herrera es el porta-estandarte del viejo nacionalismo de raíz oribista y cuya apoteosis fuera el martirio de Leandro Gómez en Paysandú.

En Argentina y Uruguay ha habido un ciclo mesocrático que ha protagonizado cambios profundos y progresistas, principalmente condicionados por la crisis del sistema imperial durante la Primera Guerra Mundial. La recuperación capitalista de los 20 propicia el restablecimiento de las clases conservadoras que jaquean a los regímenes populares. La crisis de los 30 los sorprende en dura batalla. Desgastados por el poder y desconcertados por la depresión, no resisten el embate restaurador de terratenientes, banqueros y agentes del capital extranjero. Se implantan sendas dictaduras que no pueden preservar su status privilegiado en un encuadre democrático. Es un signo de debilidad. Las mutaciones que acarrear la crisis y la guerra corroen sus sustentos y los populismos las barren en los 40. En Brasil, menos maduro e integrado, no hubo experiencia mesocrática en el poder. El ciclo populista se inicia en el 30 y fusiona ambos procesos: a) la irrupción de las clases medias y b) el ascenso de la clase obrera y marginales urbanos, liderados por el mismo caudillo. Por otra parte se da un juego geopolítico fundamental. La hegemonía del capital extranjero se realiza a través de la privanza regional de Sao Paulo y Minas Gerais como submetrópolis; explotación dentro de la explotación. En rigor hay más de un "Brasil"; por lo pronto el del centro-sur y el de la periferia. Cuando la Alianza Liberal se levanta en armas apoyada por amplios sectores del Ejército no sólo expresa a las clases populares urbanas, a las clases medias ansiosas de democratizar al país, a la joven burguesía nacional que procura su lugar al sol, sino también a la periferia sojuzgada contra la submetrópoli dominante y orgullosa, a los Estados que producen para el mercado interno (Río Grande do Sul en primer lugar) contra los que producen para el mercado mundial y constituyen pieza clave del "crecimiento hacia afuera". Vargas, no hay que olvidarlo, es el verdadero unificador del Brasil moderno. El "pacto café con leche" (Sao Paulo cafetalero y Minas Gerais productos lácteos) se rompe. El presidente Washington Luiz (paulista) pretende imponer sucesor al candidato de su Estado; Julio Prestes. Minas Gerais se pliega, entonces, a la liga de Río Grande, Paraíba y otros Estados tras la candidatura "gaucha" de Getulio Vargas. Las elecciones reiteran el consabido fraude de la República oligarca y la respuesta es la revolución armada triunfante; 3 de octubre de 1930.

El acceso del peronismo al poder pasa por la revolución militar del 4 de junio de 1943 contra el presidente conservador Castillo. Sus causas son complejas. Es el resultado de las hondas transformaciones económico-sociales apuntadas, pero también expresa las tendencias neutralistas ante la guerra y el temor de la oficialidad de que Brasil, apoyado por Estados Unidos, obtenga ventajas irreparables en la tradicional rivalidad con Argentina. El sustento civil se reduce a minúsculos pero activos grupos nacionalistas católicos de derecha, que contribuyen a la credibilidad de la acusación sobre vinculaciones de los mandos con agentes nazis. Hubo sistemáticos contactos en ese sentido, pero no debidos a que Perón y los coroneles de su logia militar (GOU) fueran nazis, ni mucho menos. El Embajador inglés Sir David Kelly ¹⁷ se lamenta de que el Ejército alemán procurara ganarse a los oficiales más influyentes ante la pasividad anglo-americana.

Es que el nacionalismo anti-británico (al fin y al cabo Gran Bretaña es la metrópoli expoliadora) de militares y civiles es proclive a buscar apoyos en los enemigos de su enemigo. Lo mismo ocurre con Nasser y sus amigos en Egipto y en otros países del Tercer Mundo. Perón ocupa la Secretaría de Trabajo y Previsión recién creada y desde allí pone en marcha su política obrera. Al finalizar la guerra una ola anegadora de democratismo antifascista conmueve a vastos sectores mesocráticos y apunta rectamente contra la preeminencia del peligroso coronel obrerista en el gobierno. A las intensas presiones desde adentro, se suman muy fuertes presiones del Departamento de Estado. Una importante corriente del Ejército las recoge y Perón es depuesto y preso, mientras una multitud exaltada reclama que el poder sea entregado a la Suprema Corte de Justicia. El 17 de octubre de 1945 los suburbios obreros se sublevan, invaden la ciudad y colman la Plaza de Mayo. Su consigna: liberar al caudillo. Es la entrada espectacular del proletariado en la historia argentina. Perón es liberado y desde los balcones de la Casa Rosada, junto al Presidente Farrell, habla a la muchedumbre. Las elecciones se han convocado para febrero de 1946. La fórmula Perón-Quijano es apoyada por el P. Laborista que reúne a los sindicatos, sectores irigoyenistas (en especial los lúcidos ideólogos de FORJA), nacionalistas de derecha y algunos caudillos conservadores de provincias.

En la Unión Democrática se agrupa toda la partidocracia: radicales, demócratas progresistas, socialistas, comunistas y tácitamente los conservadores. Inesperadamente recibe la entusiasta intervención del Embajador americano Spruille Braden que prodiga discursos y gestos iracundos contra el nazi-fasci-peronismo. Ascendido a Subsecretario para Asuntos Latinoamericanos fulmina al

¹⁷Sir David Kelly. "El poder tras el trono". Ed. Coyoacán. 1962. Buenos Aires.

candidato populista con el "Libro Azul" que denuncia sus supuestas connivencias con los alemanes. La réplica del caudillo es mortífera. Pone a la nación ante el dilema "Braden o Perón"; la soberanía nacional o la intervención extranjera. Gana con el 55% de los sufragios en las primeras elecciones limpias habidas en casi 20 años. En el peronismo y en el varguismo el apoyo al Ejército es esencial. También lo es el de la Iglesia, sobre todo para el primero. Nada de eso ocurre en la marcha del populismo uruguayo al poder, que no se aparta de los cuadros de la estable democracia política. Las elecciones de 1946 las gana la fórmula batllista Tomás Berreta-Luis Batlle. El primero es un viejo caudillo con prestigio entre los agricultores del sur. El segundo se perfila como caudillo urbano y acaba de constituir su grupo signado con el número electoral "15". Los analistas sólo ven la cara neo-batllista del populismo uruguayo, pero es un fenómeno bipartidario. Es más, en los comicios de 1946 se expresa mayoritariamente en la candidatura presidencial del líder blanco Luis Alberto de Herrera que ha jugado, valientemente, la carta del neutralismo y del anti-imperialismo (también fue acusado de nazi), ha combatido la corrupción y las penurias populares provocadas por la primera recesión de post-guerra. Su arribo a la capital es apoteósico y casi duplica sus votos; pierde la presidencia merced a los artificios de la sutil Ley de Lemas. Pocos meses después fallece el presidente Berreta y Luis Batlle imprime gran vigor a las reformas populistas en estrecha alianza con el herrerismo; es lo que se llama "la coincidencia".

LA REVOLUCIÓN POPULISTA

Los regímenes populistas nacionalizaron sectores claves de la economía y casi no recurrieron al endeudamiento externo en sus primeros tiempos. Vargas incorporó al patrimonio nacional las riquezas mineras con los Códigos de Aguas y Minas, creó la Cía. Siderúrgica Nacional, la Cía. Vale del Río Doce (explotación y exportación de mineral de hierro), la Cía. Nacional de Alcalis, la Fábrica Nacional de Motores, la Cía. Hidroeléctrica de San Francisco e instituyó los Consejos Nacionales del Petróleo (del cual nacería Petrobrás), de Aguas y Energía Eléctrica, de Minas y Metalurgia. Organizó los Institutos Nacionales del Café, Azúcar, y Alcohol, Sal, Yerba Mate, Pino y Cacao. No improvisaba. El programa fue delineado en los discursos de su campaña presidencial (discurso en la Esplanada Do Castello) y en sus primeros pasos como gobernante. No es fácil aceptar el carácter casual que Celso Furtado atribuye a la inteligente política económica de los 30.

Perón nacionalizó el Banco Central, repatrió la deuda externa, creó el IAPI (Instituto Argentino de Promoción e Intercambio) mediante el cual desplazó a los monopolios intermediarios de la comercialización de las principales cosechas, nacionalizó los ferrocarriles ingleses, creó la empresa estatal del Gas, la Flota Aérea Mercante Argentina, compró la Unión Telefónica, construyó el gasoducto Buenos Aires-Comodoro Rivadavia, impulsó la marina mercante y la siderurgia nacional. Tampoco improvisó. Gobernó con el programa que le ayudó a preparar el eficiente y olvidado funcionario de origen español José Miguel Figuerola.

El gobierno de Luis Batlle, apoyado por el herrerismo y otras fuerzas menores (como los socialistas) constituye una especie de unidad nacional que crea el Instituto Nacional de Colonización, nacionaliza los ferrocarriles, las aguas corrientes, los tranvías de Montevideo, instalaciones portuarias y frigoríficos extranjeros. Luis Batlle no se sale de la ortodoxia batllista. Pero la actitud de Herrera requiere esclarecimiento. En rigor, en materia económico-social es un pragmático; las más de las veces conservador y liberal, aunque con destellos progresistas. Su etapa definidamente populista es la de la "coincidencia"; 1947-1950. Por otra parte el paulismo promueve la industrialización substitutiva de importaciones con el manejo de cambios múltiples, medidas aduaneras y créditos, impulsa a la agricultura con subsidios y precios mínimos y sanciona una avanzada legislación laboral; aumentos de salarios, vacaciones pagas, indemnización por despidos, salario familiar, ley de trabajos insalubres, previsión social, etc.

Son años de crecimiento económico, de desarrollo limitado pero efectivo y de distribución mucho más equitativa de la riqueza. En Argentina la clase obrera llega a absorber más del 50% del ingreso nacional; récord histórico.

El caudillo carismático desempeña rol estelar en los populismos porque expresa anhelos profundos de las masas y porque sabe captar lo subyacente en el entorno histórico, lo que el pueblo intuye, pero no percibe con claridad, lo que atisba, pero no sabe formular con nitidez. El caudillo asume la madurez de fuerzas potenciales que movilizadas auspiciarán cambios esenciales. Es un intérprete de las masas y de su época; por ende, también de sus abigarradas diferencias y, aún, de sus contradicciones. En el populismo conviven en latencia, en acecho, posibilidades históricas distintas y hasta opuestas.

Resultarán unas u otras, según se diriman las tensiones sociales que ebulen en su seno. Por eso sus marchas y contramarchas, esa mezcla a veces indiscernible de

revolución y reacción que se superponen y atropellan entre sí. De ahí la trayectoria contradictoria de sus caudillos.

Perón fue neutralista y luego auspició la declaración de guerra al eje, confinó a nazis conspicuos y expropió propiedades alemanas. Es el abanderado de la Tercera Posición, afirma que se cortará las manos antes de contratar un empréstito extranjero, fustiga al imperialismo, no adhiere al Fondo Monetario Internacional; pero también negocia un crédito con el Eximbank y tramita concesiones petroleras con el trust internacional. Vargas denuncia implacablemente la expoliación imperialista del Brasil, proyecta una ley anti-trust que será decisiva a la hora de su caída. Pero no sólo declara la guerra al Eje, sino que manda tropas brasileñas al frente, firma los acuerdos de Washington que aseguran las materias primas brasileñas para el esfuerzo bélico de la unión a precios inferiores a los internacionales y firma el Tratado Militar propuesto por el Pentágono.

En Uruguay esta trayectoria contradictoria asume una dualidad singular. Luis Batlle combina su alineación rigurosa junto a las potencias democráticas y su aceptación puntual de los instrumentos interamericanos, con posturas de nacionalismo económico (críticas a la Ley de Excedentes Agrícolas y denuncia de la Federación Lanera Mundial en su viaje a Estados Unidos). Herrera, por su lado, se ha opuesto con uñas y dientes a la instalación de bases americanas, se mueve en una ardua línea neutralista, rechaza el Pacto de Río de Janeiro de 1947 y se opone al envío de tropas uruguayas a Corea. Alberto Methol Ferré¹⁸ sugiere sagazmente que el anciano y astuto caudillo contribuye a esa dicotomía, a esa peculiar índole bicéfala de la política internacional, con la sutil intención de abrirle al país todas las opciones.

No sólo en las relaciones con los poderes imperiales afloran las contradicciones Populistas.

En el campo político su huella es profunda e imperecedera. Si nos guiamos por las etapas de desarrollo político propuestas por G. Germani¹⁹ (1 -Guerras de liberación y proclamación de la independencia, 2 -Guerras civiles, caudillismo, anarquía, 3 -Autocracias unificadoras, 4 -Democracia representativa de participación limitada, 5 -Democracia representativa de participación ampliada y 6 -Democracia representativa de participación total), apreciamos que el populismo promueve el progreso a través de las últimas. Vargas impone el voto secreto, depura

¹⁸Alberto Methol Ferré. "El Uruguay como problema". Ed. Banda Oriental. 1971. Montevideo.

¹⁹Gino Germani. "Los procesos de movilización y el cambio social en América Latina". Ed. Instituto de Sociología. UBA. Publicación Interna. No. 51.

considerablemente las corruptelas y ficciones democráticas de la "República Vieja", sanciona el voto femenino e inaugura un efectivo régimen pluripartidario, pero no otorga el voto a los analfabetos. Brasil entra, de su mano, en la fase 4 (Democracia representativa de participación limitada) y en la 5 (Democracia representativa de participación ampliada). El peronismo organiza elecciones limpias después del descarado "fraude patriótico" de la "década infame", concede el voto femenino y, sobre todo, moviliza a la clase obrera como factor de la conducción política. La fervorosa, mítica, hirviente relación masa-caudillo en las multitudinarias concentraciones de Plaza de Mayo implican un buen grado de manipulación; no puede negarse. Pero también echa los cimientos de una nueva conciencia política, de una capacidad de movilización autónoma que el proletariado argentino probará con heroísmo, una y otra vez, una vez derrocado el líder.

El mejor nivel de vida nutre una mayor dignidad humana. La nueva dignidad despierta una irreversible y alerta conciencia política. Los "descamisados" recorren, con Perón, el tránsito del hombre al ciudadano. Argentina alcanza la fase 6 (Democracia representativa con participación total). Uruguay ya vivía políticamente en ella, pero ahora la desarrolla con aire resuelto. La clase obrera participará en ciertos aspectos del poder eligiendo sus representantes en los Consejos de Salarios, en los Consejos directivos de las Asignaciones Familiares, etc.; también se llevan a cabo interesantes actos de democracia directa (plebiscito montevideano sobre el precio del transporte urbano en 1951 y sobre la reforma constitucional de signo conservador que la capital rechaza por mayoría). Junto a estos avances políticos y en oposición a ellos, los regímenes populistas se tornan progresivamente autoritarios, represivos, intolerantes; en Brasil y Argentina se instaura un verdadero Estado-partido. Hasta en Uruguay se adoptan medidas de seguridad para reprimir conflictos obreros que sacuden a la nación en marzo y septiembre de 1952. Jóvenes batlleberistas no aprueban tales actitudes, pero sí, lo hacen sus principales dirigentes y el herrerismo en pleno.

A medida que el populismo se agota y se enerva, las prácticas represivas se agudizan. En Brasil y Argentina se denuncian atropellos policiales, torturas y asesinatos de opositores. Apresurémonos a aclarar que lo ocurrido entonces es un suave cierzo comparado con un tornado, si lo cotejamos con lo que sufrirían esos países en las restauraciones oligarcas posteriores.

¿Cuáles son las causas de estas tendencias autocráticas? En primer término, todo caudillismo carismático posee ingredientes cesaristas. El mito del "hombre fuerte" le es inherente. En el clima uruguayo, con las tradiciones anti-personalistas que

vanamente don José Batlle intentó inculcar, Batlles Berres tuvo la fortuna de que sus adversarios conservadores del diario "El Día" trataron de detenerlo con el slogan: "¡Cuidado con los hombres fuertes!". La imagen que él no se atrevía a agitar, fue sembrada por sus opositores en la mente popular.

El gobierno unipersonal y omnipresente es la respuesta a las tensiones internas y externas que lo acosan y un medio de someter las íntimas contradicciones que desgarran al propio movimiento populista. Vargas instaura la dictadura en 1937 y crea el "Estado Novo" que incorpora los nuevos derechos obreros y el nacionalismo económico, pero también incluye mecanismos represivos y anti-democráticos. Fue ligeramente calificado de fascista. Poco y nada tiene que ver con dicha doctrina. El "Estado Novo" es el fruto de una época en que se suceden el cruento alzamiento de la oligarquía paulista en 1932, la rebelión izquierdista ("revolta bermelha") de 1935 y el frustrado asalto al poder de los "camisas verdes" - integralistas - de Plinio Salgado (el real remedo brasileño del fascismo). Es, pues, un esfuerzo dramático por preservar la unidad nacional y asegurar la continuidad de la revolución en marcha.

No debe olvidarse que Vargas legalizó al P. Comunista en 1945 por primera vez en su historia y que volvió a ser ilegalizado en cuanto aquel fue depuesto. En cuanto a la vida política del peronismo no puede ser cabalmente comprendida sin tener en cuenta a Eva Duarte, la "compañera Evita". Joven y bella actriz de segunda fila, amante y esposa de Perón, factor esencial en la insurgencia "descamisada" de octubre. Notable mujer, de pasión revolucionaria quemante, oratoria simple y desgarrada; se erige en ídolo de las masas y en la encarnación de la leyenda de la "Cenicienta" para millones de mujeres. Desde la Obra Social, que dirige, alivia miserias y necesidades de los más menesterosos, y ejerce una tutela política de subido interés para el analista. Es la intermediaria entre las bases obreras y el gobierno. En ella se condensa el odio opositor - de "la contra" en el idioma peronista -; "esa mujer" es una dolorosa e irritante espina clavada en la carne de la aristocracia. Constituye la izquierda, un tanto infantil como todos los radicalismos, del movimiento. Su temprana muerte en 1953 provocó un trágico pesar colectivo y, sin duda, debilitó la capacidad combativa del peronismo.

CAMBIOS EN LA COYUNTURA INTERNACIONAL Y AGOTAMIENTO DEL POPULISMO

Desde el fin del boom coreano el capitalismo mundial se recupera y enrumba hacia una prosperidad jamás vista. Sus estructuras se transforman; la economía norteamericana se "internacionaliza" y erige en el eje integrador del sistema. Las

corporaciones transnacionales llenan la escena y son factores estelares de la asombrosa revolución tecnológica actual. Es natural que la dependencia se profundice y sistematice. Los términos del intercambio se tornan negativos para los productores de materias primas, y la inversión imperial se reorienta a copar las llaves de la industria substitutiva de importaciones. Es la "industrialización periférica" con burguesías asociadas y desnacionalizadas, vinculadas a terratenientes y banqueros en una única clase dominante. Todo aderezado por la atmósfera erizada de la "guerra fría", con los republicanos otra vez en la Casa Blanca y Foster Dulles en el Departamento de Estado intrigando, junto a la CIA y al Pentágono, para entronizar tiranías derechistas al sur del Río Bravo. El populismo es un hijo de la opulencia transitoria de la inmediata post-guerra, con cuantiosas reservas monetarias acumuladas por el conflicto y su hambre de productos básicos ("el oro no deja caminar en los pasillos del Banco Central", decía Perón). La caída de los precios de las exportaciones, el alza de los precios de los bienes importados, la competencia del capital extranjero en los mercados trastrueca el panorama. Las divisas se evaporan, hay que recurrir al crédito externo y la inflación asoma inquietante. Solo con reformas estructurales que no produjo, el populismo pudo salvar el trance que le plantea el reacondicionamiento de su entorno y continuar solventando dignos niveles de vida para las masas.

No son los cambios en la coyuntura internacional los que lo bloquean y precipitan su caída. Pero es su presión la que desnuda las limitaciones y debilidades del populismo, la que exaspera sus contradicciones y envenena sus omisiones. El populismo resultó una revolución inconclusa, a medio hacer.

¿Cuáles son sus carencias primordiales? En primer lugar, dejó intactas las estructuras agrarias. Perón arañó los intereses de los grandes propietarios con el Estatuto del Peón y la congelación de arrendamientos, los acosó de continuo y turbas partidarias incendiaron el "Jockey Club", donde, entre gallos y medianoche, se había pergeñado más de una candidatura presidencial. Vargas agrietó severamente el poder de los "coroneles" dueños de vidas y haciendas. Luis Batlle fustigó a los estancieros contrabandistas de ganado. Pero en todos los casos la propiedad territorial atravesó indemne la tormenta. Los terratenientes conservaron su poder económico y su poder político.

En definitiva, hubo un compromiso con ellos que se mantuvo enhiesto mientras los precios agropecuarios fueron altos. Cuando se derrumbaron, la oligarquía abrazó la conjura anti-populista. En Argentina y Brasil fue decisiva para dividir a los militares. Al no rozar al latifundio, la producción del campo siguió estancada y

atada a la monocultura. Es la causa de otro bloqueo letal. Las importaciones cambiaron tajantemente; materias primas, maquinarias y combustibles para la industria en ascenso absorben la mayor parte. Pero la merma de divisas - por la parálisis agrícola y la baja de cotizaciones - frena el desarrollo industrial. Brasil encaró la insuficiencia con Volta Redonda y Petrobrás; laudable esfuerzo, pero insuficiente. Como tampoco bastaron las tentativas Argentinas. En Uruguay nada se hizo.

Las reformas populistas avanzaron mientras el excedente económico permitió satisfacer a tirios y troyanos. Cuando el áuge terminó, la lucha de clases por aquel se encendió dentro y fuera del populismo. El caudillo ya no pudo arbitrar enconos insalvables. Pero tampoco se propuso encabezar una revolución obrera y popular que continuara y superara lo realizado. Ahí radica su flagrante limitación política e ideológica que no superan ni el Partido Peronista, ni los Partidos Social-demócrata y Trabalhista fundados por Vargas, ni los viejos partidos uruguayos, ni la doctrina "Justicialista", ni el "Estado amalgamado" getulista, ni la consigna "Renovación y Reforma" de Luis Batlle. No crearon partidos orgánicos, ni lograron la necesaria cohesión y madurez ideológica. La corrupción, la venalidad y la mediocridad se extendieron en los cuadros políticos y burocráticos.

En 1952 Perón es reelecto duplicando los votos de la fórmula radical. Es la cúspide de su poder. En adelante la disgregación, el enenamiento, los desaciertos. La Iglesia deserta y Perón maneja la ruptura con iracundia inútil. Grupos exaltados incendian iglesias y precipitan la rebelión de la Marina cuya lealtad ha sido siempre dudosa. La Casa Rosada es bombardeada el 15 de junio de 1955 y mueren centenares de inocentes. El temor a una réplica sangrienta une a las clases altas, a la Iglesia, a corrientes considerables de oficiales, a intereses británicos que juegan sus postreras cartas en Argentina, a la partidocracia, con vastos sectores mesocráticos como "clase de apoyo" (Poulantzas). Sólo la clase obrera permanece fiel.

En septiembre el general (r.) Eduardo Lonardi encabeza desde Córdoba el alzamiento y Perón renuncia y se embarca en una cañonera paraguaya.

Vargas cae en plena ofensiva anti-imperialista. Washington mueve los hilos de la conjura. El eficaz y estentóreo Carlos Lacerda incendia al gobierno con sus acusaciones de cohecho en "Tribuna de Imprensa" y en el "Club de la Linterna". La clase alta y la Unión Democrática Nacional traban relación con militares golpistas. En agosto de 1954 es el pronunciamiento. Vargas, acorralado por un ultimátum, se

pega un balazo. Lega un documento dramático e histórico: "Mi sacrificio os mantendrá unidos, y mi nombre será vuestra bandera de lucha".

En Uruguay las elecciones de 1950 son el ápice del populismo. Luis Batlle bajó triunfador de la presidencia. Muy pronto se teje la intriga para obturar su regreso. Herrera abandona la "coincidencia", su versatilidad táctica y su fino olfato, que le permiten otear el desgaste de la "era populista", lo conducen a ligarse a colorados conservadores para imponer el Ejecutivo colegiado. Sin embargo, en 1954 Luis Batlle lidera la lista de consejeros vencedora, el jefe populista blanco Fernández Crespo, escindido de Herrera, es apenas derrotado por éste y entra en escena el populismo rural bajo la jefatura de Benito Nardone. Pero el tiempo de la esterilidad y del bloqueo ha arribado. Batlle pierde el favor popular y herreristas y ruralistas, con amplio apoyo en la clase media encautada en la Unión Blanca Democrática, le infligen una aplastante derrota en las elecciones de 1958 con un programa conservador y neo-liberal.

CONCLUSIONES

El populismo no es una revolución demo-burguesa al estilo de las de 1830 ó 1848 en Europa. Entre otras, por la razón del artillero; no es un embate anti-feudal y anti-absolutista, sino un cuestionamiento del capitalismo dependiente. Tampoco nos convence el rótulo de "bonapartismo" al que se afilian Theotonio dos Santos²⁰ y Jorge Abelardo Ramos²¹ ni siquiera con el agregado de "criollo" que usa Paulo Schilling²². El bonapartismo es, en esencia, una conducción cesarista y burocrática por encima de la clase obrera y de la burguesía, para realizar la política de la última. Pero no hay bonapartismo, sin "situación bonapartista"; es decir, de un empate duradero y arduo entre proletariado y burguesía. Nada parecido gesta al populismo. Por el contrario, la burguesía es débil y temblorosa y el proletariado asciende a la lucha política de su mano.

Se trata de exégesis a "ciclo cerrado", tomando al fenómeno en sí mismo.

Paulo Feinmann²³ - con referencia al peronismo - ha criticado este tipo de interpretaciones que explican muy bien a Perón como hijo de una coyuntura favorable y expresión de ciertas fuerzas en ascenso. Explica muy bien su derrumbe

²⁰Theotonio dos Santos. "Socialismo o fascismo: dilema latino-americano". Ed. Prensa Latinoamericana. 1969. Santiago.

²¹Jorge Abelardo Ramos. "La era bonapartista". Ed. Plus Ultra. 1972. Buenos Aires.

²²Paulo Schilling. "Brasil para extranjeros". Ed. Diálogo. 1966. Montevideo.

²³Paulo Feinmann. "El peronismo y la primacía política". Ed. Cimarrón. 1974. Buenos Aires.